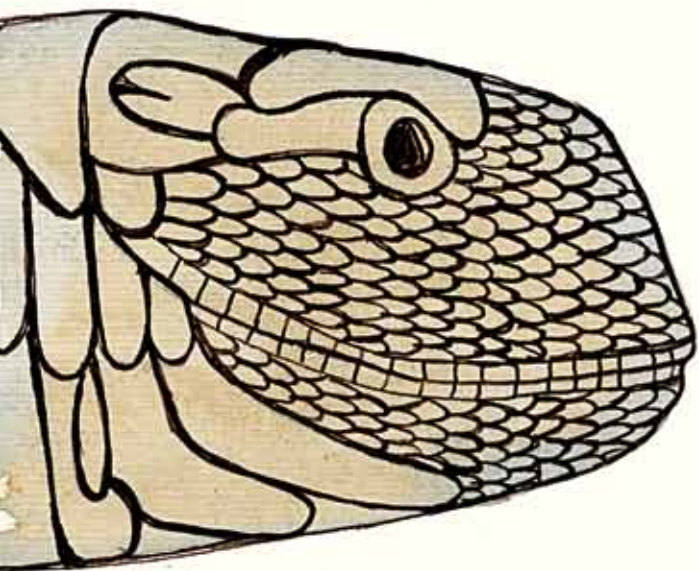
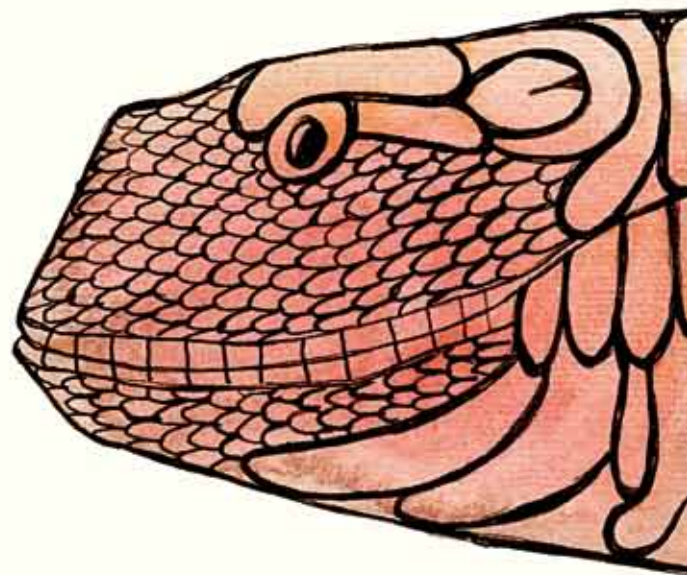
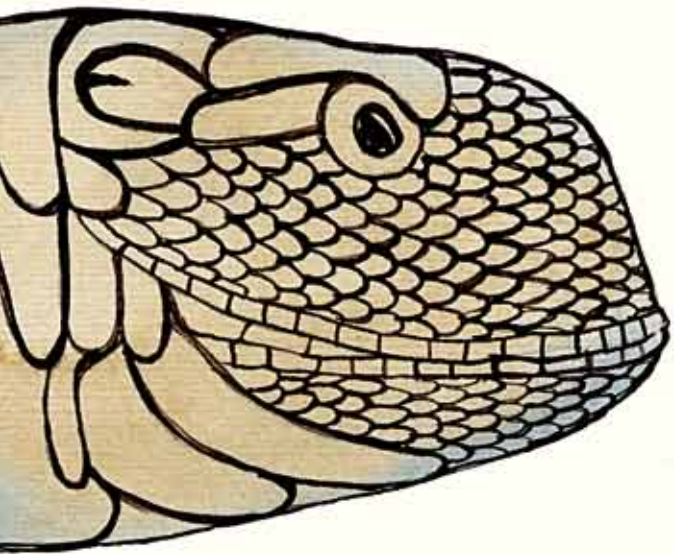


ANACONDA





## ANACONDA\*

## I

**E**RAN las diez de la noche y hacía un calor sofocante. El tiempo cargado pesaba sobre la selva, sin un soplo de viento. El cielo de carbón se entreabría de vez en cuando en sordos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del sur estaba aún lejos.

Por un sendero de vacas en pleno espartillo<sup>1</sup> blanco avanzaba Lanceolada<sup>2</sup>, con la lentitud genérica de las víboras\*. Era una hermosísima yarará<sup>3</sup>, de un metro cincuenta, con los negros ángulos de su flanco bien cortados en sierra, escama por escama, avanzaba tanteando la seguridad del terreno con la lengua que en los ofidios reemplaza perfectamente a los dedos.

Iba de caza. Al llegar a un cruce de senderos se detuvo, se arrolló prolijamente sobre sí misma, removiéndose aún un momento acomodándose y, después de bajar la cabeza al nivel de sus anillos, asentó la dedosmandíbula inferior y esperó inmóvil.

Minuto tras minuto esperó cinco horas. Al cabo de este tiempo continuaba en igual inmovilidad. ¡Mala noche! Comenzaba a romper el día e iba a retirarse, cuando cambió de idea. Sobre el cielo lívido del este se recortaba una inmensa sombra.

–Quisiera pasar cerca de la Casa –se dijo la yarará–. Hace días que siento ruido, y es menester estar alerta...

Y marchó prudentemente hacia la sombra.

La casa a que hacía referencia Lanceolada era un viejo edificio de tablas rodeado de corredores y todo blanqueado. En torno se levantaban dos o tres galpones. Desde tiempo inmemorial el edificio había estado deshabitado. Ahora se sentían ruidos insólitos, golpes de fierros, relinchos de caballo, conjunto de cosas en que trascendía a la legua la presencia del Hombre. Mal asunto...

Pero era preciso asegurarse, y Lanceolada lo hizo mucho más pronto de lo que hubiera querido.

Un inequívoco ruido de puerta abierta llegó a sus oídos. La víbora irguió la cabeza, y mientras notaba que una rubia claridad en el horizonte anunciaba la aurora vio una angosta sombra, alta y robusta, que avanzaba

---

\* Apareció publicado en *El Cuento Ilustrado* de Buenos Aires, en 1918 con el título *Un drama en la selva. El imperio de las víboras*. Quiroga cambió el título por el de *Anaconda* y lo colocó a la cabeza de una colección de relatos que tituló igual, editada en 1921.

<sup>1</sup> *Espartillo*: Nombre genérico que reciben numerosas hierbas de la familia de las Gramíneas y de las Ciperáceas, en zonas del continente americano.

<sup>2</sup> *Lanceolada*: El nombre de todas las serpientes aparecerán con letra mayúscula. En el caso de *Lanceolada* es la forma de su cabeza, parecida al hierro de una lanza.

\* Desde el punto de vista lingüístico, en Hispanoamérica la palabra *Víbora*, designa sólo a las serpientes venenosas –las de la familia *Viperidae*–, pero la palabra *culebra* se utiliza para denominar a los ofidios de la familia *Colubridae*, sean venenosas o no.

<sup>3</sup> *Yarará*: Palabra procedente del guaraní que en algunas zonas de Hispanoamérica significa serpiente venenosa.

hacia ella. Oyó también el ruido de las pisadas –el golpe seguro, pleno, enormemente distanciado que denunciaba también a la legua al enemigo.

–¡El Hombre!– murmuró Lanceolada. Y rápida como el rayo se arrolló en guardia.

La sombra estuvo sobre ella. Un enorme pie cayó a su lado, y la yará, con toda la violencia de un ataque al que jugaba la vida, lanzó la cabeza contra aquello y la recogió a la posición anterior.

El Hombre se detuvo: había creído sentir un golpe en las botas. Miró el yuyo<sup>4</sup> a su alrededor sin mover los pies de su lugar; pero nada vio en la oscuridad apenas rota por el vago día naciente, y siguió adelante.

Pero Lanceolada vio que la Casa comenzaba a vivir, esta vez real y efectivamente con la vida del Hombre. La yará emprendió la retirada a su cubil llevando consigo la seguridad de que aquel acto nocturno no era sino el prólogo del gran drama a desarrollarse<sup>5</sup> en breve.

## II

Al día siguiente la primera preocupación de Lanceolada fue el peligro que con la llegada del Hombre<sup>6</sup> se cernía sobre la Familia entera. Hombre y Devastación son sinónimos desde el tiempo inmemorial en el Pueblo entero de los Animales. Para las Víboras en particular, el desastre se personificaba en dos horrores: el machete escudriñando, revolviendo el vientre mismo de la selva, y el fuego aniquilando el bosque enseguida, y con él los recónditos cubiles.

Se volvió, pues, urgente prevenir aquello. Lanceolada esperó la nueva noche para ponerse en campaña. Sin gran trabajo halló a dos compañeras, que lanzaron la voz de alarma. Ella, por su parte, recorrió hasta las doce los lugares más indicados para un feliz encuentro, con suerte tal que a las dos de la mañana el Congreso se hallaba, si no en pleno, por lo menos con mayoría de especies para decidir qué se haría.

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura, y en pleno bosque, desde luego, existía una caverna disimulada por los helechos que obstruían casi la entrada. Servía de guarida desde mucho tiempo atrás a Terrífica<sup>7</sup>, una serpiente cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos cascabeles. Su largo no pasaba de metro cuarenta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos; vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente constituidos de todas las serpientes venenosas.

---

<sup>4</sup> *Yuyo*: Palabra procedente del Quechua que en Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay significa mala hierba.

<sup>5</sup> *Del gran drama a desarrollarse*: El lector debe fijarse en la intención de crear un ambiente de intriga, característico de publicaciones que se editaban por capítulos en la prensa.

<sup>6</sup> *Hombre*: El lector observará que Horacio Quiroga utiliza la letra mayúscula para referirse a sustantivos comunes como hombre, familia, devastación, pueblo, animales, víboras y, más tarde, congreso. Aparte de destacar estos nombres, hay una evidente intención alegórica mediante la cual los convierte en símbolos que nos remiten a una representación de esos conceptos.

<sup>7</sup> *Terrífica*: Probablemente se trate de la *Crotalus durissus* (familia Viperidae). Su cuerpo es robusto, mide entre 30 y 160 centímetros de longitud. Se caracteriza por su apéndice caudal compuesto de hasta 14 segmentos engarzados entre sí y que producen un sonido característico cuando el animal se excita y lo agita.







Fue allí, en consecuencia, donde, ante la inminencia del peligro y presidido por la víbora de cascabel, se reunió el Congreso de la Víboras. Estaban allí fuera Lanceolada y Terrífica, las demás yararás del país: la pequeña Coatiarita<sup>8</sup>, benjamín de la Familia, con la línea rojiza de sus costados bien visibles y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí negligentemente tendida como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y café de su lomo sobre largas bandas salmón, la esbelta Neuwied<sup>9</sup>, dechado de belleza, y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba Cruzada<sup>10</sup> –que en el sur llaman víbora de la cruz–, potente y audaz rival de Neuwied en punto a belleza de dibujo. Estaba Atroz<sup>11</sup>, de nombre suficientemente fatídico; y por último, Urutú Dorado<sup>12</sup>, la yararacusú, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus ciento setenta centímetros de terciopelo negro cruzado oblicuamente por bandas de oro.

Es de notar que las especies del formidable género *Lachesis*<sup>13</sup>, o yararás, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y el color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellas.

Según las leyes de las víboras, ninguna especie poco abundante y sin dominio real en el país puede presidir las asambleas del Imperio, por esto Urutú Dorado, magnífico animal de muerte, pero cuya especie es más bien rara, no pretendía este honor, cediéndolo de buen grado a la víbora de cascabel, más débil, pero que abunda milagrosamente.

El Congreso estaba, pues, en mayoría, y Terrífica abrió la sesión.

–¡Compañeras! –dijo–. Hemos sido todas enteradas por Lanceolada que la presencia nefasta del Hombre. Creo interpretar el anhelo de todas nosotras al tratar de salvar nuestro Imperio de la invasión enemiga. Solo un medio cabe, pues la exigencia nos dice que el abandono del terreno no remedia nada. Este medio, ustedes lo saben bien, es la guerra al Hombre, sin tregua ni cuartel, desde esta noche misma, a la cual cada especie aportará sus virtudes. Me halaga en esta circunstancia olvidar mi especificación humana: No soy ahora una serpiente de cascabel: soy una yarará, como ustedes; las yararás, que tienen a la Muerte por negro pabellón. ¡Nosotras somos la Muerte, compañeras! Y entretanto, que alguna de las presentes proponga un plan de campaña.



<sup>8</sup> *Coatiarita*: Por la descripción podría tratarse de *Bothrops neuwiedi pauloensis*, una subespecie de *Bothrops neuwiedi* de coloración similar a la que aquí se describe y más pequeña que el resto de las representantes del género.

<sup>9</sup> *Neuwied*: Se trata de la víbora *Bothrops neuwiedi*. También se la conoce como yarará chica y es endémica de la región sur de Brasil. Quiroga utiliza el apellido del naturalista que la descubrió, Maximilian Wied-Neuwied (1782-1867), príncipe alemán que organizó una expedición a Brasil donde estudió la flora y la fauna. El narrador muestra aquí su interés por la zoología y su cultura sobre este tema.

<sup>10</sup> *Cruzada*: Corresponde este nombre a la serpiente conocida localmente como, *crucera*, *yarará grande*, *víbora de la cruz* o *urutú* una *Bothrops alternatus*.

<sup>11</sup> *Atroz*: Puede referirse a la agresiva *Bothrops atrox* o *jaracacá amarilla*. Es probablemente el ofidio americano que más muertes causa.

<sup>12</sup> *Urutú Dorado*: Se trata de la *Bothrops jararacusú*, también conocida como *yararacusú* o *urutúdorada*.

<sup>13</sup> *Lachesis*: El género *Lachesis*, como *Bothrops* y *Crotalus*, pertenece a la subfamilia *Crotalinae* (crótalos) de la familia *Viperidae*. Las sucesivas revisiones de la taxonomía de los ofidios ha hecho que algunas especies hayan cambiado su denominación científica con el transcurso del tiempo. Quiroga parece incluir a todas las yararás mencionadas anteriormente en el género *Lachesis*. Actualmente se incluyen en el género *Bothrops*.



Nadie ignora, por lo menos en el Imperio de las Víboras, que todo lo que Terrífica tiene de largo en sus colmillos lo tiene de corto en su inteligencia. Ella lo sabe también, y aunque incapaz por lo tanto de idear plan alguno, posee, a fuerza de vieja reina, el suficiente tacto para callarse.

Entonces Cruzada, desperezándose, dijo:

–Soy de la opinión de Terrífica, y considero que mientras no tengamos un plan, nada podemos ni debemos hacer. Lo que lamento es la falta en este Congreso de nuestras primas sin veneno: las Culebras.

Se hizo un largo silencio. Evidentemente la proposición no halagaba a las víboras. Cruzada se sonrió de un modo vago y continuó:

–Lamento lo que pasa... pero... quisiera solamente recordar esto: si entre todas pretendiéramos vencer a una culebra, no lo conseguiríamos. Nada más quiero decir.

–Si es por su resistencia al veneno –objeto perezosamente Urutú Dorado, desde el fondo del antro–, creo que yo sola me encargaría de desengañarlas...

–No se trata de veneno –replicó desdeñosamente Cruzada–. Yo también me bastaría... –agregó con una mirada de reojo a la yararacusú–. Se trata de su fuerza, de su destreza, de su nerviosidad como quiera llamársele, cualidades de lucha que nadie pretenderá negar a nuestras primas. Insisto en que en una campaña como la que queremos emprender las serpientes nos serán de gran utilidad; más: de imprescindible necesidad.

Pero la proposición desagradaba siempre.

–¿Por qué las culebras? –exclamó Atroz–. Son despreciables. –Tienen ojos de pescado– agregó la presuntuosa Coatiarita.

–¡Me dan asco!– protestó desdeñosamente Lanceolada.

–Tal vez sea otra cosa la que te dan... –murmuró Cruzada, mirándola de reojo.

–¿A mí? –silbó Lanceolada, irguiéndose– ¿Te advierto que haces mala figura aquí, defendiendo a esos gusanos corredores!

–Si te oyen las Cazadoras... –murmuró irónicamente Cruzada.

Pero al oír este nombre, Cazadoras, la asamblea entera se agitó.

–¡No hay para que decir eso! –gritaron–. ¡Ellas son culebras, y nada más!

–¡Ellas se llaman a sí mismas las Cazadoras! –replicó secamente Cruzada–. Y estamos en Congreso.

También desde tiempo inmemorial es fama entre las víboras la rivalidad particular de las dos rayas. Lanceolada, hija del extremo norte, y Cruzada, cuyo hábitat se extiende más al sur. Cuestión de coquetería en punto a belleza– según las culebras.

–¡Vamos, vamos! –intervino Terrífica–. Que cruzada explique para qué quiere la ayuda de las culebras, siendo así que no representan la Muerte como nosotras.

–¡Para esto! –replicó cruzada ya en calma–. Es indispensable saber qué hace el Hombre en la Casa; y para ello se precisa ir hasta allá, a la Casa misma. Ahora bien, la empresa no es fácil, porque si el pabellón de nuestra especie es la Muerte, el pabellón del Hombre es también la Muerte ¡y bastante más rápida que la nuestra! Las serpientes nos aventajan inmensamente en agilidad. Cualquiera de nosotras iría y vería. Pero ¿volvería? Nadie mejor para esto que la ñacatiná<sup>14</sup>. Estas exploraciones forman parte de sus hábitos diarios y podría trepada al techo, ver, oír y regresar a informarnos antes de que sea de día.



<sup>14</sup> *Ñacatiná*: Nombre con el que se conoce a la *Hydrodynastes gigas* (familia Colubridae), serpiente ágil y agresiva, también conocida como *falsa cobra* o *falsa cobra de agua*, en alusión a su facilidad para hinchar el cuello similar a la cobra.

